El bautismo de Juan

Meditación sobre Mc 1,4-8

San Marcos nos dice que Dios había anunciado, por medio del profeta Isaías, que enviaría un mensajero para invitarnos preparar el camino del Señor. Ese precursor es el Bautista:

Apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Acudía a él gente de toda la región de Judea y todos los de Jerusalén, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Juan llevaba un vestido de piel de camello y se alimentaba de langostas y miel silvestre. Y proclamaba: «Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo, ante quien no soy digno de agacharme para desatar la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero Él os bautizará con Espíritu Santo» (Mc 1,4-8).

Juan es un hombre de una pieza. Tiene conciencia de la misión que Dios le ha encargado y se dedica completamente a ella. Los pocos rasgos que Marcos nos da de Juan dejan claro que es un hombre que no da valor a lo que no le ayude a cumplir su misión. Y es humilde. Su mensaje es como su persona: va a lo esencial. También el signo que elige para manifestar el perdón de Dios tiene la fuerza de lo esencial.

No es extraño que la figura del Bautista recorra los siglos y las culturas, e interpele con fuerza al cristiano de hoy. Juan sigue siendo el precursor, y el que quiera preparar el camino del Señor en su vida tiene que escuchar esa voz que clama en el desierto de este mundo.

El bautismo de Juan contiene la forma de todo arrepentimiento. Sin la conversión y el dolor de corazón la Confesión Sacramental es pura rutina.

Pero, además de la preparación del Sacramento de la Penitencia, la voz de Juan resuena en nuestro corazón a lo largo del día, invitándonos a hacer actos de contrición. En cuanto caemos en la cuenta que hemos defraudado al Señor, un acto de contrición:

pedimos perdón a Dios, hacemos el propósito de cambiar y volvemos a empezar la lucha por vivir agradándole.

El relato de Mc nos habla de la hora del triunfo de los profetas de Israel. Su vida no se ha gastado en vano. En ese gentío que acude al río Jordán confesando sus pecados está representado el Israel fiel: todos los hombres y mujeres que a lo largo de los siglos han escuchado la invitación de los profetas a preparar la venida del Señor.

En esa muchedumbre estamos representados todos. Se puede decir que, para cada uno de nosotros, la Buena Nueva comienza con la conversión, con la escucha de la voz que clama en el desierto de este mundo; culminará cuando Jesucristo nos bautice con Espíritu Santo y la Santísima Trinidad establezca su morada en nuestra alma: *Jesús respondió: Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él* (Jn 14,23).